

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

ARGUMENTOS CIENCIA Y RENTA

ESCUCHAMOS hace pocos días varios argumentos de los que ahora se utilizan para combatir cualquier propósito de apertura política interior. Supuesto que ya está claro que una gran parte de la opinión nacional no desea quedar ausente de la construcción europea, no sólo por imperativos económicos, sino también por motivos de interés general asegurando al país una futura convivencia dialogante, se trata ahora de aclararnos lo que es esa Europa tan manoseada y de precisar sus características. «Europa es la ciencia y es la renta», se nos explica. En el Continente hay por lo visto dos signos predominantes, puramente materiales: el nivel científico y la renta «per capita». Si sube nuestra ciencia, si crece nuestro nivel por habitante, ya estaremos dentro del torrente de la europeización. Sólo se tratará entonces de un problema de tiempo para que España se integre en Europa.

La ciencia y la renta ¿son en efecto lo que distingue y define la construcción europea? Que el nivel universitario, científico, investigador de los Diez es uno de los más altos del mundo, no puede ignorarlo nadie. Y que el empeño nuestro en mejorar la modestia actual en investigación, en medios instrumentales para el progreso científico, en la Universidad y en la industria, sea algo importante y decisivo para el porvenir de nuestra cultura, no creo que nadie tampoco lo discuta de buena fe. ¡Vengan en buena hora laboratorios y aulas; ensayos y coloquios; becas y cursillos! Y con ellos, libertad intelectual, sin la que no podrá haber avance verdadero. Y lo propio puede decirse de la renta por habitante o del producto bruto. No creo que haya quién razonablemente se oponga o discrepe del notable progreso del PNB español alcanzado en los últimos años. En cifras absolutas y en índices por individuo activo, la enorme ascensión lograda beneficia de modo indudable a la comunidad y la sitúa en un plano de bienestar material y de consumo por habitante que le acerca visiblemente a los niveles ultrapiresnales.

Pero la ciencia y la renta también han avanzado de modo espectacular en los últimos veinte años en la Rusia soviética y en la Alemania oriental por ejemplo. Las estadísticas

son, en ese punto, espectaculares. Es decir, que en países de régimen económico estatificado y centralizado, la ciencia y la renta suben también. Y sin embargo ¿cómo se podría decir, sin faltar a la verdad, que esos sistemas encajan dentro de la construcción europea? La Europa de los Seis, la de los Diez o la de los Quince, no admitirá en el seno de la Comunidad a esos regímenes porque hay en ellos un principio intrínsecamente contradictorio con lo que movió a integrarse a los gobiernos que firmaron el Tratado de Roma.

La Comunidad no está basada solamente ni en hacer que progrese la ciencia, ni en lograr que suba la renta per capita. Eso serán en todo caso, consecuencias, pero no objetivos primarios. Las bases de la Europa comunitaria se hallan en la filosofía común que inspira su vida pública. Europa es una conjunción de pueblos regidos por el sistema de la soberanía social. En ellos las instituciones políticas se apoyan en el consenso democrático de la colectividad. La fiscalización parlamentaria del ejecutivo y especialmente del gasto público no es semántica, sino fáctica. Las libertades reales de expresión, asociación o sindicación son protegidas para preservarlas de los ataques de la derecha o de la izquierda. El turno de poder está abierto por la vía legal. La oposición no es un enemigo a exterminar, sino un adversario a combatir —después de haberle escuchado—. Ese manejo de características no es accidental y episódico, sino permanente y sustancial. La Europa comunitaria no quiere elementos heterogéneos dentro de ese orden institucional que le sirve de global denominador. Si fuera por la ciencia y por la renta, la Rusia Soviética y los países del Este europeo, habrían sido admitidos hace tiempo al Continente en fase de integración. La manera de regirse de esos pueblos, con partido único, ausencia de libertades, soberanía detenida por una clase y una burocracia, cierre totalitario del poder, les impide realizar el propósito gaullista de hacer una Europa que vaya del Atlántico a los Urales.

Otro argumento destinado a crear la confusión es el de sostener que las construcciones políticas de la Europa de

los Diez son cambiantes y contradictorias. La falacia es, en este caso, total. Si algo ha prevalecido en los años de la posguerra en la política de Occidente ha sido la raíz homogénea de las formas de Estado vigentes. En ninguno de los Diez países se ha alterado esa fidelidad a unos axiomas semejantes. Las diferencias estructurales de la República francesa con la de Bonn, o con la Monarquía británica no impiden que su identidad de filosofía respecto al problema de cómo se rige una nación sea en lo esencial, absoluta. Por eso existe un solo lenguaje de uso generalizado entre sus dirigentes. En cuanto a la condición cambiante, yo no conozco sino uno de los Diez países que haya cambiado de constitución en los últimos veinte años y es la República francesa. Deseosa de corregir los excesos del parlamentarismo, votó Francia libremente una constitución semi-presidencialista en que el Jefe del Estado se elige directamente por el sufragio popular. En ese referéndum hubo votos favorables mayoritarios y millones de votos negativos que con su presencia respaldaron la autenticidad y legitimidad del comicio. Pero la V República en su estabilidad sigue siendo un sistema tan democrático y liberal como lo fue cualquiera anterior y tan poco contradictorio con los otros nueve países que sus cimientos ideológicos son los mismos.

La Europa de los Diez no está basada solamente ni en la ciencia, ni en la renta, sino en la convivencia libre y dialogante. Tiene —como todo el mundo— graves problemas que corresponden al proceso general del tiempo en que vivimos y procura resolverlos por la vía del examen crítico y de la información aunque no siempre resulte acertada su solución. No es una panacea ese orden institucional, sino una manera de pensar y una forma de educación cívica. Se puede aceptarla o rechazarla, por supuesto. Lo que no se debe hacer es tergiversarla. Ni sostener que se trata de un orden cambiante o contradictorio, cuando es precisamente, estable y homogéneo.

José María de AREILZA

DE LA PINTURA

Vivir para ver

REPASO, ahora viejos papeles sobre arte —de Historia del Arte, concretamente—, y tropezando con nociones y etiquetas que hoy nadie, o casi nadie, usa, y ni siquiera recuerda. Quizá me lo parece a mí. No lo sé. Hace tiempo que mi curiosidad se desplazó a otros temas, y apenas me atrevo a opinar sobre el asunto. Por ejemplo, veinte años atrás, aún tenía una cierta vigencia las teorías de Alois Riegl y de Wilhelm Wörringer, que en estas latitudes trajo o introdujo don José Ortega y Gasset. Se trataba de explicar —de «dar razón»— por qué los pintores románicos, o los góticos, o cualesquiera otros que en sus figuraciones no se ajustaban a la reproducción ópticamente «fiel» de la realidad. Se había producido una crisis total de la imagen «clásica» con los «ismos» del primer tercio de nuestro siglo, y la entera Historia del Arte quedaba sujeta a revisión. Los artistas actuales se negaban a «calcar» el espectáculo de las cosas —incluyendo las personas—: ¿no pudo ocurrir algo semejante con los maestros semianónimos de la Edad Media? La iconografía medieval es «deforme»: los monigotes de mural románico son ferozmente simples, y las tablas góticas están llenas de torceduras, alargamientos o compresiones, que constituyen una encantadora violación de la más primaria experiencia visual. ¿A qué obedecía ese desdén por lo «visible»? Y si no era «desdén», ¿era «inhabilidad»?

La tradición académica quiso afirmar la «inhabilidad». Se había perdido el «arte» de pintar, y la gente de aquellas etapas torvas no «sabía» manejar los pinceles. Los artesanos de Taüll y de Boi, y sus biznietos, retablistas del XIV y hasta del XV, eran unos lamentables pintamonas. Si algún caso merecían, fue por escrúpulos arqueológicos. Carecían de «destreza». Una concepción escolar y escolástica de la «destreza» ofuscaba el problema. La ruptura del Post-Impresionismo abrió el recurso de una interpretación más sensata. Desde luego, el paralelo no podía llevarse demasiado lejos: habría sido sucientemente capcioso «comparar» al cubista de

los Felices 20 con la fauna de brocha gorda que circulaba por los Pirineos ochocientos años antes, a sueldo de condes y abades. Los autores germánicos que importó don José, en principio, sostenían una tesis muy lógica: «no todo es posible en todas las épocas». De algún modo, cada «época» va a la suya, y da el arte que «puede» dar. Y como «poder» y «querer» van a la par, dichos señores hablaban de «voluntad»: «voluntad de estilo», «voluntad de forma», y cosas así. De entrada, el truco hermenéutico resultaba satisfactorio. Lo sigue siendo, en definitiva.

Lo sigue siendo, a medias. Al fin y al cabo, aquella tentativa de «explicación» pecaba de abstracta: de a-histórica. Los pintores de la Edad Media no eran «pintores» en el sentido moderno de la palabra. Ellos no «hacían arte»: sencillamente embarnaban paredes o maderas con mayor o menor eficacia, según la exigencia de la demanda y a partir de unas tarifas modestas. Su oficio era un oficio vulgar y corriente: de lo más vulgar y de lo más corriente. La lectura de los contratos que firmaban —si sabían firmar— con sus clientes no dejan lugar a dudas. Y esos contratos ante notario ya son bastante recientes. El pintor se comprometía a pasar, por los caprichos de quien pagaba: los colores de los retablos, la composición de las escenas, el gesto de una santa o del «donante», venían estipulados en el compromiso industrial. De hecho, a ellos, a los pintores de entonces, tanto se les daba poner un añil o un escarlata: la decisión cromática procedía del encargo. Además, la mayoría de los profesionales del ramo tenían su repertorio de «estampas» —pautas o esquemas formales— que estaban dispuestos a repetir, a tenor de lo que escogiese el «pagano». De ahí, a lo que en nuestros días se propone un chico con veleidades de «artista», hay una diferencia abismal... Lo de Riegl y Wörringer no tenía en cuenta estas verdades decepcionantes. O no las tenían en cuenta tanto como convenía.

Sin embargo... «Pintar» no es «ver». Bueno,

si es «ver» lo que se «pinta», y en ello radica la autonomía permanente de ese hecho convencional que llamamos «pintura», desde Altamira a Tápies o Ponç, pasando por Rafael, por Goya, por Picasso, por Miró. Pintar lo que se ve, en todo caso, no ha sido lo habitual. El bueno del Vasari llamó la atención a la posteridad sobre el extraño acontecimiento de que un muchacho de Vespignano, allá por el Cuatrocientos, pretendiese «copiar» una oveja del natural. Es el episodio del Giotto. Los pintores «precedentes» ¿no veían las ovejas con los mismos ojos que el Giotto? Puestos a confeccionar estampas con «figuras», ¿por qué no veían una oveja como Dios manda?... No la «veían». Que fuesen más o menos «hábiles» para «copiarla» es un punto discutible y oscuro. Hay que admitir que la «habilidad» depende de la enseñanza, y las Escuelas de Bellas Artes de todas las capitales de provincia del mundo civilizado siguen dando cantidades ingentes de matriculas de honor a los alumnos «hábiles» que, muy a menudo, nunca pintarán un palmo cuadrado de tela medianamente válido. Los pintores medievales aprendían sus martingalas, y las aplicaban: no iban más allá. Entre «ver» y «pintar», para ellos, no acababa de existir una relación excesivamente directa. «Veían» como nosotros. «Pintaban» otra cosa. Y me precipito al asegurar que «veían» como nosotros...

«Ver» es una operación compleja: más intelectual que sensorial. Con frecuencia, no «veamos» sino lo que nuestros prejuicios nos inclinan a «ver». Los aristotélicos de cátedra se negaron a «ver» las patas de una mosca, y durante siglos sostuvieron que este insecto tenía un par menos de las que tiene porque el Estagirita se descontó. Así se dice, por lo menos. Pero, en el Museo de Valencia, hay dos excelentes muestras de «invidencia» medieval, que apoyan lo que digo. En unas tablas de la Pasión, aparece San Pedro cuchillo en mano, cortándole la oreja al soldado que acude a aprehender al Cristo. La oreja cortada yace en el suelo: justamente no es la oreja —la derecha

o la izquierda, no lo recuerdo— objeto de la mutilación, sino la otra. ¿Un descuido del pintor? ¿No se había fijado el pintor que nuestras dos orejas son diferentes? El otro caso es el de unos pies desnudos: los dedos, en vez de presentar la doble articulación correspondiente a los tres huesos, se reduce a una sola. ¿Es que el pintor no había prestado un mínimo de atención a su propia anatomía? En algún momento tuvo que mirarse —«ver»— los pies, para lavárselos, rascárselos o mondarse los juanetes. No se los «vio». Como no se «veía» las orejas distintas. Para él, una oreja era una mera «oreja» conceptual, y un dedo del pie, un artejo simbólico. Como pintor, a ello se atenía. Los resultados grotescos pasaban inadvertidos: para él y para su clientela.

Porque el pintor en cuestión no era tonto. Ni mucho menos. Era un tío normal, como usted y como yo: con dos ojos en la cara. No necesitaba espejos para comprobar la dualidad de los pabellones auriculares que Hanquean la cabeza humana: con observar al prójimo, tenía suficiente. Y sus pies, los podía ver y los veía cada mañana, al calzarse. «Ver», lo que se dice «ver», se le convertía en una rara situación personal: no era la misma la del «pintor» que la del «hombre». Y hasta ahora me he limitado a subrayar un par de anécdotas fáciles. Habría que descender a planteamientos todavía más abruptos: entre un cuerpo humano de siempre y una Virgen o un Apóstol románico sólo hay un contacto de «signo», pongo por caso. La dichosa y egregia «perspectiva», que «descubrieron» los renacentistas, no pudo ser inasequible —«fisiológicamente»— para los góticos. Para el románico y para el gótico, «pintar» y «ver» eran funciones tangenciales. No como lo son para el pintor de hoy: de otra manera. Pero lo eran... Si eso haya de seguir llamándose «voluntad de estilo» es cuestión aparte. Nosotros, «posteridad», ponemos nombres a nuestras hipótesis y a nuestras dudas...

Juan FUSTER

motocultores

MONTESA

Con el poderoso motor MONTESA, derivado de nuestras motocicletas deportivas.



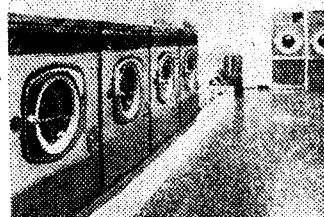
EXPOSICIÓN E INFORMACIÓN: EXPO MONTESA. AVDA. SARRIA, 52 BARCELONA (15) T. 2393907 SOLICITE CATALOGO INFORMATIVO

PRECIOSOS TECHOS DECORADOS, MODICOS PRECIOS

Teléfono 292-06-87

¿POSEE UD. UN LOCAL?

Monte una lavandería
Con máquinas «PRIMUS» de 7-12-15 kgs.
y limpieza en seco



SI NO LO TIENE, NOSOTROS SE LO PROPORCIONAREMOS

MAXIMAS FACILIDADES DE PAGO
CONSULTENOS SIN COMPROMISO

LAVASUPER

Avda. José Antonio, 521. 7.º D.
(Anbau - Muntaner) Barcelona 11
Teléfonos 254.53.29 y 254.53.32
Parking gratuito. Casanova 16

SERVICIO REGULAR DE GRUPAJE DE MERCANCIAS ESPAÑA-PORTUGAL

dos salidas semanales

SERVICIOS DE CAMIONES COMPLETOS REGIMEN T.I.R.

Toda Europa; normales, frigoríficos, cisternas
Todas las modalidades

SERVICIO REGULAR FRACCIONADO. TODA ESPAÑA

EMPRESA MONTAÑA, S. A.

BARCELONA: Nápoles, 87. Tels. 225-51-80 y 225-37-99. Zona Franca, calle Hierro-Plomo, s.n.º Tels. 225-49-62 y 325-49-66. Telex. 53104

MADRID: Polígono Coslada, s.n.º Tel. 671-19-10. Telex. 22776

LISBOA: Rua do Arsenal, 124-126. Teléf. 362151-61.

BADAJOS: San Agustín, 61. Teléf. 22-43-08.

MÉRIDA: Carretera Circunvalación, s.n.º Teléf. 30-28-85.